31 de diciembre, fin de año

Santa María, Madre de Dios

Nm 6,22-27; Sal 66, 2-3. 5. 6 y 8;

Gál 4,4-7; Lc 2,16-21

"Al cumplirse los ocho días" de la Navidad, ocho días durante los cuáles hemos celebrado gozosos el nacimiento del Señor, nos reunimos para volver a contemplar el mismo misterio. Ponemos nuestros ojos en el Hijo de Dios en brazos de una mujer, María, a la que llamamos Madre de Dios. Esta fiesta forma parte de la Navidad. La grandeza de María está en su maternidad, en el hecho de ser Madre de Dios.

No obstante, quizá está en la mente de muchos el año que estamos dejando y el nuevo año al que nos preparamos a inaugurar. Es éste el aspecto más popular de la fecha de hoy y mañana. Con una gran carga de buenos deseos, de felicitaciones…; buenos deseos por tiempos mejores, en el que impere la justicia, en el que podamos dar "gloria a Dios". Y a estos dos acontecimientos (La solemnidad de la maternidad y el año que dejamos y el año que iniciamos) se añade el hecho de que la Iglesia dedica esta jornada, desde hace años, a orar por la paz…

No podemos reflexionar en todos estos aspectos, por la extensión de cada tema y la brevedad de nuestro encuentro, por eso nos detendremos a contemplar el misterio de la Maternidad de María.

"Envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer". El omnipotente, el poderoso, el que es rico, se hizo pobre, se encarnó en el vientre purísimo de una Mujer, por obra del Espíritu Santo: María la madre del verdadero Dios por quien se vive.

Que el Verbo se haya hecho carne en María, mujer virgen y Madre de nuestra raza… implica que:

*El Hijo de Dios es hombre verdadero**.*** La encarnación del Verbo, no es algo ficticio o aparente, sino que es plenamente real y María es verdadera Madre de Dios; comenta san Cirilo de Jerusalén: "Cree, además, que el Hijo unigénito de Dios, por razón de nuestros pecados, ha bajado del cielo a la tierra, haciéndose hombre semejante a nosotros en el padecer y naciendo de la Virgen María y del Espíritu Santo. El hacerse hombre se realizó no en apariencia o imaginariamente, sino con toda verdad. No pasó (Cristo) por la Virgen, como por un canal, sino que verdaderamente tomó carne de ella y en verdad fue por ella alimentado con su leche; como nosotros comió y como nosotros bebió. En efecto, si la encarnación hubiera sido una simple apariencia, hubiera resultado también aparente la salvación". (Ibid., IV: PG 33, 465).

Nacido de una mujer, significa que María es la Madre de Dios, porque engendró al Hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad, la Persona del Verbo. Este Verbo se hizo hombre por medio de María asumiendo la naturaleza humana, engendrada milagrosa y virginalmente por ella, por obra del Espíritu Santo. Por eso María es verdaderamente Madre de Dios.

"María sabe que el que lleva por nombre Jesús ha sido llamado por el ángel Hijo del Altísimo (cfr. Lc. 1,32). María sabe que lo ha concebido y dado a luz sin conocer varón, por obra del Espíritu Santo, con el poder del Altísimo, que ha extendido su sombra sobre Ella (cfr. Lc. 1,35). María sabe que el Hijo dado a luz virginalmente, es precisamente aquel 'Santo', el 'Hijo de Dios', del que le ha hablado el Ángel' (Juan Pablo HI, Enc. Redemptoris Mater, n. 17).

Conclusión

Que la Madre de Jesús, Verdadero Dios y verdadero Hombre, Madre de la Iglesia, nos enseñe a meditar en el silencio como ella nuestra fe, y a conservar en nuestro corazón la Palabra de Dios y a guardarla (8, 21); que nos enseñe a orar con toda la Iglesia…

Enséñame ¡oh Madre del Señor! A callar si la caridad va a quedar dañada si hablo.

Enséñame a no hablar nunca mal de nadie, a callar siempre que el hablar sólo traiga crítica destructiva, vergüenza o difamación del hermano.

Enséñame a llevarme unos cuantos secretos a la tumba.

Enséñame a callar cuando mi silencio sea como una fraternal reprensión, una disconformidad con lo incorrecto, lo deshonesto o lo difamatorio que se está diciendo.

Enséñame a callar lo negativo, lo malo, lo que avergüenza al hermano si hablando falto a la caridad y no defiendo la justicia o al inocente.

Enséñame el silencio de la aceptación interior sin rebelión interior y en la paz del corazón.

Enséñame a callar, a sufrir, a amar y aceptar en el silencio que se confía en Dios.

Enséñame a orar en lo escondido, a dar limosna en lo oculto, a vivir santamente en el decoro del silencio del corazón.

Enséñame a caminar entre silencios, aunque no a solas, sino acompañado del Señor y de los hermanos.

Que no olvide nunca que a Dios se va por el hermano y con el hermano.

Enséñame a hacer silencio exterior, pero sobre todo el silencio interior de pensamientos inútiles, ilusiones imaginarias, deseos irrealizables, preocupaciones y agobios excesivos...

Enséñame a cultivar el silencio, fuente de inmensas energías y ambiente necesario para las más arriesgadas decisiones.

Enséñame el silencio para poder entenderme a mí.

Enséñame el silencio para poder escuchar y entender al hermano.

Enséñame el silencio, los desiertos, las pobladas soledades donde únicamente me puedo encontrar con Dios y conocer a Dios".

Enséñame, oh María, nuestra Señora de los silencios fecundos, un clima de silencio permanente, un silencio tal que me conduzca al monte santo de la contemplación (10. de enero 5 minutos)

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)